



ACTO TERCERO

Galería en el castillo de Medina del campo. Al fondo, una gran puerta gótica que da a la iglesia. A la izquierda, dos amplios arcos que conducen a las almenas. A la derecha, la puerta de la cámara de doña María de Padilla y un postigo que se supone da a un subterráneo. En el centro de la escena, un alto crucifijo de talla, iluminado por una lámpara de aceite

ESCENA PRIMERA

DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE, DON JUAN DE LA CERDA, DON FERNAN RUIZ DE CASTRO y fijosdalgos, conversando en torno de la cruz.

ALBURQUERQUE

Fijosdalgos de Castilla,
fijosdalgos, que jurasteis
por la cruz de vuestro acero
y el honor de vuestra sangre
prestar amparo a las reinas
contra el rey, llegó el instante
en que, matando o muriendo,
vuestra palabra cumpláis,
que abandonar tales damas
en tan peligrosos trances,

no es propio de caballeros
que se precien de galanes.
Frente a Medina, don Pedro
piensa sentar sus reales.
Y en su furor ha jurado
no alzarlos, mientras no sacie
su venganza— no en nosotros,
que hombres somos y no en balde
ceñimos cotas y espadas
para morir como tales,
¡sino en la sangre inocente
de su esposa y de su madre!
Y vosotros, fijosdalgos,
si a vuestro honor sois leales,
en tanto que por las venas
corra una gota de sangre,
¿permitiréis que se cumplan
juramentos semejantes?

FIJOSDALGOS

¡Nunca!

ALBURQUERQUE

Solemnemente, arrodillándose al pie del crucifijo.

¡Por los evangelios,
juro, a los pies de esta imagen,
prestar amparo a las reinas!...
¡Y antes que las desampare,
que mi cabeza miréis
sangrando de esos adarves,
y piquen cuervos mis ojos
y coman lobos mis carnes!

FIJOSDALGOS

Arrodillándose y extendiendo los brazos para jurar.

¡Nosotros también juramos!

ALBURQUERQUE

Levantándose y señalando las almenas.

¡Desplegad los estandartes;
enjaezad vuestros corceles,
que antes que la aurora bañe
las torres de este castillo
con sus vivas claridades,
las roncás trompas de guerra
atronarán esos valles,
para salir al encuentro
de las mesnadas reales!

Los fijosdalgos se inclinan y salen por la arquería
de la izquierda.

ESCENA II

ALBURQUERQUE, LA CERDA FERNAN RUIZ DE CAS-
TRO y SANCHO FERNANDEZ DE TORO conversando
en el primer término de la izquierda.

ALBURQUERQUE

¿Qué noticias, campeones,
trajeron de nuestro campo?

SANCHO

La gente de don Enrique
de Toro se ha apoderado;

y los infantes esperan
tomar Burgos por asalto.

CERDA

Y el rey, a nuestro mensaje,
¿qué respondió?...

ALBURQUERQUE

Don Fernando,
repetid a estos señores
cómo cumplisteis mi encargo.

CASTRO

Un poco desconcertado.

En servicio de las reinas
llegué ayer tarde a su campo,
en la punta de mi lanza
mi blanca toca agitando.
Paré a la tienda del rey,
y las rodillas doblando
quise entregarle los pliegos...
¡mas los rechazó su mano!
Y me dijo, lentamente,
con los dientes rechinando,
cual si sus propias palabras
las desgarrase en sus labios:
—No quiero ver esos pliegos,
ni me habléis de ellos, Fernando,
que pliegos de esta ralea
manchan mis reales manos.
Para que de ellos no queden

ni los más ligeros rastros,
a vuestra vista, el verdugo
ahora mismo va a quemarlos,
y aventará para siempre
su ceniza en el espacio.
¡Vos, volved con los rebeldes,
y si ahora merced os hago
de la vida, es porque espero
mañana mismo colgaros
de los muros de Medina,
sobre el almenar más alto!
Y volviéndome la espalda,
salió furioso, exclamando:
—¡Pronto, mis gentes de armas,
prended fuego a todo cuanto
en este lugar se encierra,
para que el fuego sagrado
devore, lo que el aliento
de un traidor ha profanado!

Pequeña pausa. Más desconcertado.

Ya no hay que pensar en paces...
¡Don Pedro no admite pactos
ni dará a nadie cuartel!

ALBURQUERQUE

Violentamente.

Mas ¿quién en ello ha pensado?
No hay más razón que las armas...
¡Y a las armas apelamos!
¿Medina suya? ¡Medina
será de don Pedro cuando

mi cinto no lleve espada
ni mis hombros tengan brazos!

CERDA

Con recelo.

Mas ¿si hay traidores?

ALBURQUERQUE

Se cuelgan
de una almena para pasto
de las aves de rapiña...

CERDA

Insistente.

Mas si entre ellos acaso
hubiese alguno...

ALBURQUERQUE

Don Juan
de La Cerda, ¡hablemos claro!
¿Sospecháis?...

CERDA

De don Fadrique.

CASTRO

Con violencia.

¡Vive Dios que es de villanos
ofender al que no puede,
por no estar presente al caso,
a la lengua que le ultraja

arrancarla con su mano!
Mentis si tal sospecháis...

CERDA

Indignado, empuñando la espada.

Esas frases, don Fernando...

CASTRO

Echando mano a la espada.

¡Siempre sostuvo mi espada
lo que dijeron mis labios!

ALBURQUERQUE

Interponiéndose con enérgica severidad.

¡Callad... o haré un escarmiento!
El maestre de Santiago

A la Cerda.

no puede infamar la cruz
que sangra sobre su manto.
Además, no es de los nuestros;
nada ofreció, ni ha jurado.
A servir vino a las reinas
con el rey, de intermediario.
Marchad, don Juan, a dar órdenes
a la gente. Don Fernando,
vos, anunciad a las reinas,
que al bañar el sol los campos
profesará la Padilla...
Mas antes, daros las manos...

Don Fernán Ruiz de Castro y La Cerda vacilan un
instante. Después se estrechan fieramente las manos.

CERDA

En voz baja.

Las palabras que dijisteis...

CASTRO

Idem a La Cerda.

Os las sostendré en el campo.

Sale La Cerda por el primer término seguido de don Sancho.

ESCENA III

ALBURQUERQUE, FERNAN CASTRO y DON ALVARO DE ZÚÑIGA, que entra por el segundo término de la derecha. Al verlo se detiene don Fernando.

ALVARO

¡Señor!

ALBURQUERQUE

¿Mi encargo cumpliste?

¿Y las reinas?

ALVARO

Con sus damas
en el salón de esa torre
ataviándose se hallan.

ALBURQUERQUE

¿Y la Padilla?

ALVARO

Platica

con don Fadrique en su estancia...
Y a la profesión se muestra,
al parecer, resignada.

ALBURQUERQUE

Acompañad al de Castro
donde las reinas aguardan,
y ejerced sobre el castillo
la más dura vigilancia.

Sale por el segundo término de la izquierda.

ESCENA IV

DON ALVARO y FERNAN RUIZ DE CASTRO.

CASTRO

Viendo desaparecer a Alburquerque y dirigiéndose a don Alvaro.

Tengo que hablaros, don Alvaro.

ALVARO

¿Qué queréis?

Sorprendido.

CASTRO

Mirándole fijamente.

Oid con calma,
mancebo. ¿De este castillo
sois el alcaide, y la guardia
de la Padilla os tienen
también en él confiada?

ALVARO

Es cierto.

Alarmado.

CASTRO

Con lentitud.

¿Porque creisteis
que la Padilla fué causa
de que vuestro padre fuera
desterrado de su patria,
vos habéis sido, don Alvaro,
traidor a vuestro monarca?

ALVARO

Sin poder contenerse.

¡Vive Dios que si seguís
hablando!...

CASTRO

Con seriedad.

¡Mancebo, calma,
que os conviene más que a mí,
el escuchar mis palabras!
¡Don Alvaro, respondedme
con sinceridad, que os habla
un hombre para quien vos
oculto no tiene nada!

Acercándose a don Alvaro.

¿Es cierto que al conocer
la verdad de la desgracia
de vuestro padre, y que a ella

era la Padilla extraña,
pues obra fué de los mismos
que hoy defiende vuestra espada,
habéis jurado, don Alvaro,
de todos tomar venganza,
y arrepentido, del rey
queréis volver a la gracia,
para lo cual a su campo
llegasteis ayer mañana?

ALVARO

¿Quién dijo?

Espantado.

CASTRO

Vuestra conciencia,
que por vuestros ojos habla.
¿No habéis ofrecido al rey

Con lentitud.

darle en el castillo entrada
esta noche, por alguna
galería subterránea
de vos solo conocida?
Pues vamos... ¡Don Pedro aguarda
que ahora, devoto, cumpla
don Alvaro su palabra!
Aquí he venido a avisaros...
¿Vuestra gente, preparada
se encuentra, a prestar su apoyo
a las huestes del monarca?

ALVARO

Convencido.

Sólo a su señor esperan,
para morir por su causa.

CASTRO

A la entrada de la cueva
nuestro señor nos aguarda.

ALVARO

Señalando el postigo.

Pues vamos... (Si me traicionas
no quedaré sin venganza.)

Desnudando el puñal, y saliendo recatadamente detrás de
Castro por el postigo.

ESCENA V

DOÑA MARIA DE PADILLA y DON FADRIQUE, que salen
por la primera puerta de la derecha.

FADRIQUE

Señora, a salvaros vine,
y no hay tiempo que perder.
No dejad que tarde os pague
deudas que aún no os pagué,
que ser deudor de favores
a un noble no sienta bien.
Me enteré de vuestro rapto
cuando a Llerena llegué,
por un pliego de mi hermano

y de las reinas, en que
se me instaba a que tomase
parte en la traición también.
Y pensando en que salvaros
pudiera, el plan acepté.
Conmigo podréis partir
con el alba... Yo estaré
con mis huestes, esperandoos
de esas murallas al pie.
Conozco un camino oculto
y por él huir podréis.

MARIA

Perdonad, señor maestro,
que rechace auxilios que,
aunque agradecida os quede,
acceptar nunca podré,
porque el aceptarlos fuera
cobardía y no altivez,
y entre cobarde y altiva,
altiva prefiero ser.

¡A traición me arrebataron
de los brazos de mi bien!...
El sabrá vengar la ofensa...
¡De aquí señor, no saldré
—y perdonad mi osadía—
sino del brazo del rey!

FADRIQUE

¡Mas yo vine aquí a salvaros,
y os juro que os salvaré,

aunque tenga que arrasár
 esta fortaleza, pues
 dejaros aquí ahora, fuera
 acción indigna de quien
 ciñe acero y viste mallas
 y lleva esta cruz también!
 ¡No abrigad una esperanza,
 porque todo inútil es!...
 ¡Cuando despunte la aurora,
 señora, profesaréis!
 Para salvaros, en vano
 sus huestes congrega el rey,
 porque al llegar a estos muros
 no habrá ya esperanza, pues
 será la esposa de Cristo
 imposible para él.

MARIA

Mi alma entera os agradece
 vuestra ayuda. Mas no huiré,
 porque la gente no diga
 que cobarde—al fin mujer—
 por temor a su venganza
 de sus manos me escapé,
 que quien nunca ha delinquido,
 nada tiene que temer.
 Aquí espero mi destino...
 ¡Y si mi destino es
 ahogar mi vida en un claustro,
 tranquila al claustro me iré
 a buscar a mis dolores

el consuelo de la fe!
 ¡Y si la muerte me brindan
 entonces, ya verán, pues,
 cómo mueren en Castilla
 las mujeres de mi prez,
 y será honrada en la muerte
 quien honrada en vida fué!

FADRIQUE

Pues bien, señora, me marchó,
 no vayan a sorprender
 nuestra entrevista, y sospechen...
 A solas, pensadlo bien...
 Yo al pie de esos torreones
 aguardo al amanecer...
 ¡Y si partir no quisierais...
 yo solo me partiré,
 porque presenciar no quiero
 infamias de este jaez...
 que el presenciárlas, indigno
 de un noble, como yo, es!...

Se inclina y sale por el primer término de la izquierda.

ESCENA VI

DOÑA MARIA DE PADILLA

MARIA

Sola y abatida al pie de la imagen.

¡Piedad, piedad, Señor! ¿No le ha bastado
 a tu rigor las penas que he sufrido?

¡Tantos insultos como he devorado!
 ¡Tantas saetas como me han herido!
 El vulgo vil escarneció mi nombre;
 mi fama manchan la traición y el dolo...
 ¿Que vos sufristeis más? Vos erais hombre,
 y además erais Dios... ¡Y yo soy sólo
 una débil mujer desamparada,
 que, en su doliente y lacrimoso anhelo,
 a vuestros santos pies arrodillada,
 lo que no halla en la tierra pide al cielo!
 ¡Ayúdame, Señor, porque me falta
 la fuerza, y el cansancio me domina...
 Mi altiva frente, que brilló tan alta,
 hoy entre el polvo, de dolor se inclina!
 ¡Pequé, Señor, pequé... Sueños livianos
 me apartaron de tí!... Tú eres testigo
 que viniendo el castigo de tus manos,
 aceptaré gustosa tu castigo!
 Revolcándome en lecho de serpientes,
 retorciéndome en medio de las llamas,
 aun cuando crujan de terror mis dientes
 y ardan mis huesos como secas ramas,
 yo alabaré tu gloria justiciera,
 porque hambrienta de goces me he entregado
 —con todo el cuerpo y con el alma entera—
 a los falsos deleites del pecado!
 Con la justicia tu poder coronas...
 Pero piensa, Señor, si tú, que eres
 todo misericordia, no perdonas
 a los pobres mortales, ¿cómo quieres
 que ellos, que son salvajes como potros

y vengativos como salteadores,
 dando al olvido agravios y rencores
 se perdonen los unos a los otros?
 ¡Dale lepra a mi carne, al alma fuego;
 cordéname al más bárbaro castigo,
 que tranquila a tus cóleras me entrego,
 y en mi suplicio tu rigor bendigo!
 ¡Pero salva este amor que tú encendiste
 dentro del corazón, para que fuera,
 en las tinieblas de mi vida triste,
 la única estrella que su luz me diera!...

Permanece un momento sollozando, abrazada a la cruz.

ESCENA VII

Dicha, DOÑA BLANCA y DOÑA SOL.

Estas últimas aparecen por el segundo término de la izquierda
 y se detienen al ver a la Padilla.

BLANCA

Señalando a la Padilla.

¡Aquí está ya!

SOL

Deteniéndola

¿Qué ¡va a hacer
 su alteza?

BLANCA

Imponiéndole silencio con un gesto.

¡Callad, callad!

Voy a hablar a esa mujer...

¡Vos, el patio vigilad!

Avanza resueltamente hacia la Padilla, la cual, sorprendida, se alza y retrocede.

MARIA

¡Esto más!

Alzándose.

BLANCA

Con feroz alegría.

¡Al fin os ví!

¿Os extraña mi presencia,
o es que os grita la conciencia
al miraros frente a mí?

Doña María inclina la frente y baja los ojos.

¡Palidece vuestra tez
y bajáis los ojos: tal
se presenta el criminal
ante la vista del juez!

MARIA

¡Piedad, señora!

Cayendo de rodillas.

BLANCA

Aproximándose a ella.

De mí,
tú, manceba, ¿la has tenido?...
¡A vengar aquí he venido
los ultrajes que sufrí!
Sin pena dejé mis lares,
olvidando, en mi alegría,
mis recuerdos familiares,
pensando que aquí hallaría
cuanto anhelante soñé:
la dicha, el amor y un trono...

¡Y en el más negro abandono,
al despertar, me encontré!
Herida de sus desdenes
por las burlas asesinas...
¡con la corona de espinas
sangrando sobre mis sienas!
Cuanto soñaba era tuyo...
Tú mataste mi esperanza...
¡Ya que no mi amor, mi orgullo
está pidiendo venganza!

MARIA

Suplicante.

No pudisteis ofrecerme
venganza más ejemplar...
¡Qué más venganza que verme
a vuestras plantas temblar,
sin vida y color la tez,
igual que ante vos me veo!
Tenéis razón... ¡Soy un reo
a la presencia del juez!
Oídme como juez ahora,
que a vuestro arbitrio me ofrezco...
Mas perdonadme, señora,
si vuestro perdón merezco.

Pequeña pausa. Doña María la contempla sumisa.

¡No me miréis tan severa!...
¡Pues qué culpa tengo yo
de que en mi pecho creciera
lo que el cariño sembró?

Con profunda emoción,

¡Amor brota porque sí;
y sin ley y sin razón,
florece en el corazón...
como ha florecido en mí!

BLANCA

La pasión que sin piedad
del alma se enseñorea,
¿estáis segura que sea
amor, y no vanidad?
Deslumbra el regio fulgir
del trono... A su resplandor,
¿quién acierta a distinguir
la vanidad del amor?

MARIA

¿Qué me importa su realeza,
su gloria y su poderío,
cuando no existe grandeza
comparable al amor mío?
¡Bien se conoce, señora,
que en vuestra alma en reposo
aun no despuntó la aurora
de ese anhelo misterioso
que no sabe qué desea
y es al par dicha y temor,
cuando tenéis una idea
tan mezquina del amor!
¡Si mi amado pobre fuera,
fuera mayor mi contento,

pues por pobre le quisiera
aun con más desprendimiento!
¡Si fuese moro o judío,
fuese menor mi cuidado,
porque al verle despreciado
le amara con mayor brío!
Si fuese traidor y falso...
¡con qué orgullo subiría,
para hacerle compañía,
la escalera del cadalso!
Y aun leproso le quisiera,
para que siempre, apartado
de todos, sólo a su lado
a mi cariño tuviera...
¡Con qué placer, en su encierro,
mi amor, en su idolatría,
la sangre le lamería
de sus llagas, como un perro!

Exaltándose hasta el frenesí.

¿Que me ciega su corona?
Callad, señora, esa ofensa,
porque mi amor no ambiciona
ni sueña más recompensa
que sus miradas amantes,
pues ellas son para mí
de más precio que el rubí,
las perlas y los diamantes,
los berilos y las gemas,
que, cual mágico tesoro,
resplandecen en el oro
de sus fúlgidas diademas.

¡Y es mi afecto tan profundo,
que para amarle quisiera
que en mi corazón latiera
todo el corazón del mundo!
¿Poder, riquezas y honor?
Sin grandezas me acomodo...
Arrebatádmelo todo...
¡Pero dejadme su amor!

En un arranque supremo.

Y si tan inmenso bien
os hiere, a vos lo confío...
¡Quitadme su amor también...
pero no tocad al mío!
¡Mi amor!... Eso no os lo cede
mi orgullo, señora, a vos...
¡que arrancármelo no puede
ni Dios mismo... con ser Dios!

BLANCA

Conmovida.

Pues bien; si tanto le amáis
—en vuestras palabras creo—
¿por qué no sacrificáis
a su paz vuestro deseo?
¡Amor no es sólo gozar,
amor es también sufrir;
sentir su fuego y morir
quemándose sin gritar!

MARIA

¡Si mi amor sin mí viviera
feliz, sacrificaría,

no esta pobre vida mía,
¡sino mil, si las tuviera!

Cae de rodillas con las manos juntas.

Sois joven, hermosa y pura...
A vuestras plantas, de hinojos,
por el llanto de mis ojos,
por mi perdida ventura,
por todo cuanto sufrí,
mi amor os suplica ahora,
que le hagáis feliz, señora...
¡Mas que se olvide de mí!

Llorando.

Y yo, en el claustro encerrada,
de esa santa cruz al pie,
al cielo le rogaré,
de mi alma destrozada
arrancando las raíces
de esa amorosa ansiedad:
—¡Que seáis felices, felices
por toda la eternidad!

Con loca desesperación.

Mas si él no olvida mi amor...
si me busca... a él tornaré,
¡y por su amor dejaré
hasta el trono del Señor!

BLANCA

*Profundamente conmovida, con los ojos arrasados en
lágrimas, alzando a doña María.*

Señora, del suelo alzád;
recobrad vuestro sosiego,